

EL CENTENARIO DE LA BATALLA DE ALARCOS

JOSÉ VALVERDE MADRID
ACADÉMICO NUMERARIO

El califa almohade Abu Yacuf Yasub era muy joven cuando heredó el mando de aquel califa Miramamolín que en sus algaras no conquistaba una ciudad cristiana, pero su hijo preparó aquel año de 1195 sus huestes para la guerra mejor que su padre. Lo primero de todo fue traer fuerzas de choque africanas del Atlas para la vanguardia, luego almacenar centenares de lanzas y miles de flechas que en la impedimenta seguían a las tropas de caballería e infantería. Luego escoger el terreno y nada mejor que las llanuras cerca de Alarcos, castillo que él sabía que estaba escasamente defendido por los cristianos y que en su conjunto urbano no cabrían ni doscientos soldados.

Llegó el mes de julio de aquel año la ocasión. Alfonso VIII menospreciaba al enemigo y sin esperar a los reyes de León y Navarra sabiendo que el infiel Fernández de Castro se había aliado con los moros se decidió a dar la batalla a un ejército que él calculaba pequeño y que en vanguardia llevaba las enseñas de que iba el califa, lo cual no era verdad sino una añagaza del califa almohade que estaba a retaguardia de ese pequeño núcleo flanqueado por fuerzas cordobesas a la izquierda y norteafricanas por la derecha. En efecto, el rey cristiano atacó y aún sus huestes mataron al gran visir almohade que portaba la enseña pero se vieron envueltas por una verdadera lluvia de flechas que los diezmaron y se desencadenó la fuga. Abandonaron camellos, carros y enseres y corrieron para refugiarse en los castillos cristianos ya sin que aún llegaran los refuerzos de los reyes coaligados con Alfonso VIII y que estaban tan cerca como en Calatrava y Caracuel. Éstos al ver la huida del ejército cristiano salieron también huyendo para Toledo y la catástrofe fue completa. El paraje era el desfiladero de la Losa o Muradal cerca de Alarcos donde cayó lo principal del ejército y Alfonso VIII intentó suicidarse lanzándose cuando sus huestes corrían, aún contra el enemigo siendo detenido por sus capitanes para evitar la deshonra. Doce caballeros cristianos se ofrecen como rehenes para que suelten los moros a la gran cantidad de soldados apresados, caballeros que fueron llevados a África y cuando se canjearon los soldados

almohades fueron declarados en libertad. Tenía el rey almohade entonces 38 años y a los dos años de su batalla que uniría su nombre glorioso al de Almanzor, murió siendo heredado por su hijo Alnasir, rubio con ojos azules, que había tenido con una esclava cristiana llamada Flor que la leyenda aureoló de gran belleza. También la leyenda dice que Alfonso VIII fue castigado por sus amoríos desde hacía siete años con Raquel, la judía toledana, abandonando a la reina doña Leonor por lo que los presagios de su derrota estaban en boca de los toledanos.

Pasaron diecisiete años rumiando la venganza Alfonso VIII y otro día de julio de 1212 se le presentó la ocasión. Ya no combatía con un dios de la guerra, su enemigo no valía lo de aquél. Fortificó los castillos, cosa que antes había abandonado, preparó el número de flechas suficientes ya que en Alarcos se quedaron sin ellas a las pocas horas de la batalla y buscó la pelea de las Navas de Tolosa en la montaña, no en la llanura. Con gran ánimo le dijo al arzobispo Rada, que mandaba la vanguardia, que juntos morirían antes que ceder un ápice de terreno y el 4 de julio de aquel año vengó la afrenta que le hicieran en Alarcos. El pobre Alnasir, el califa rubio y tartamudo, volvió a Córdoba completamente derrotado.

En el centenario de la batalla de Alarcos recordemos, pues, al gran califa almohade, un genio de la guerra, comparable al de Almanzor.